

Etnografía

La etnografía es, quizá, el método de investigación cualitativa original y prototípico; por ello la incluimos aquí, en un libro sobre métodos aplicados de investigación cualitativa. Tiene sus raíces en la antropología y la sociología, y en años recientes se ha convertido en un modelo de investigación para la psicología social y una fuente clave para la investigación de nuevo paradigma. Muchos de los principios comprendidos por la etnografía se han vuelto clave en el movimiento más amplio de la investigación cualitativa. En suma, la etnografía es una forma básica de investigación social que implica hacer observaciones, obtener datos de los informantes, construir hipótesis y actuar de acuerdo con ellas. El etnógrafo participa de manera activa en el entorno de la investigación, pero no lo estructura; su enfoque se basa en el descubrimiento, siendo la meta el retratar las actividades y perspectivas de los actores.

Antecedentes

A la etnografía le atañe la experiencia según es vivida, sentida o experimentada, y por tanto supone una preocupación por la conciencia fenomenológica. Para investigarla, el etnógrafo participa de la vida cotidiana de la gente durante un tiempo, observando lo que sucede, escuchando lo que se dice, haciendo preguntas, estudiando documentos; en otras palabras, recolectando cualquier dato accesible que arroje alguna luz sobre el(los) tema(s) que atañe(n) a la investigación. Puesto que la etnografía es, crucialmente, una forma de investigación de métodos múltiples, este capítulo difiere ligeramente de los otros del libro, en el sentido de que se hará mucho énfasis en los principios de la etnografía, y los métodos podrán entonces unirse a estos según sean delineados en otros capítulos.

La observación participativa en particular, a la que muchos investigadores consideran sinónimo de la etnografía, da forma al método base, mientras que la entrevista y la investigación-acción conforman etapas posteriores.

Como modalidad de la investigación cualitativa, la etnografía resulta exitosa solamente en el grado en que permita entender tanto al lector como a los participantes lo que sucede en una sociedad o en una circunstancia social. Como explican Reason y Rowan (1981), la etnografía tiene que ser participativa, comprometida, relevante e intuitiva, pero sobre todo, debe estar viva. La etnografía va más allá de un mero relato de historias; abarca la obtención de respuestas y la documentación del conocimiento cultural, como se ejemplifica en el estudio de Griffin (1985) sobre mujeres jóvenes de la clase obrera en el proceso de transición de la escuela al trabajo, en la detallada investigación de los patrones de interacción de los "hooligans del fútbol" de Marsh et al. (1978) y en el análisis holístico de los *moonies* realizado por Barker (1984). Además, estas investigaciones demuestran el importante principio, sostenido por Glaser y Strauss (1967), de que para la investigación etnográfica es vital que las teorías se desarrollen y comprueben durante el proceso mismo de la investigación.

Contrario a algunas perspectivas, la etnografía no es nueva: tiene una larga historia, con raíces en la antropología y la investigación cultural cruzada. Veamos el estudio de 1821 de Fanny Wright, "Visión de la sociedad y sus hábitos en Norteamérica", y el estudio de Harriet Martineau de 1837, "La sociedad en Norteamérica", citado por Reinhartz (1992), los cuales proporcionan ejemplos primarios de la etnografía, aportando contundentes atisbos de la "vida cotidiana"; en estos dos ejemplos, específicamente, de la realidad experimentada en las vidas de las mujeres. Psicológicamente, la etnografía es muy interesante en sí misma, en cuanto tiene una estrecha similitud con las formas rutinarias en que la gente le da sentido a su mundo en la vida cotidiana. Podría verse como la forma más básica de la investigación social, porque cuando somos "neófitos" en un mundo nuevo y tratamos de encontrar el sentido de nuestra nueva situación, probablemente:

1. Haremos observaciones e inferencias.
2. Haremos preguntas a la gente.
3. Formularemos una hipótesis de trabajo.
4. Actuaremos de acuerdo con ella.

La observación de los *freshers* (nombre que se les da a los estudiantes novicios en la universidad) durante sus primeros días universitarios constituiría un proyecto de investigación que mostraría apropiadamente a gente haciendo justo esto, y los servicios de asesoría psicológica para el estudian-

te están muy al tanto de los estudiantes que “la pasan mal” en esta etapa. Por ejemplo, hay un índice significativo de abandono de los estudios durante dicha etapa, y los estudios etnográficos que dan imágenes detalladas de la experiencia de ser un *freshman* proporcionan valiosa información sobre incidentes críticos que puede ayudar a formular respuestas institucionales apropiadas.

Sin embargo, es la forma de métodos múltiples formalizada de la investigación etnográfica lo que la lleva, más allá de la actividad “cotidiana” dadora de sentido, al dominio de la investigación psicológica formal. Este enfoque de métodos múltiples reduce los riesgos que pueden surgir de la dependencia de un solo tipo de datos, lo que podría significar que nuestros propios hallazgos dependen del método. También significa que es posible la triangulación, lo que permite al investigador comparar los datos obtenidos por métodos distintos. Esto se discute más detalladamente en el capítulo 9, sobre la evaluación.

Esencialmente, entonces, la etnografía se caracteriza por:

- Reunir datos a partir de una variedad de fuentes; por ejemplo: entrevistas, conversaciones, observaciones, documentos.
- Estudiar el comportamiento en contextos cotidianos, más que en condiciones experimentales.
- Utilizar un enfoque desestructurado de los datos que se reúnen durante las primeras etapas, de manera que los aspectos clave puedan emerger gradualmente a través del análisis.
- Incluir un estudio detallado de una o dos situaciones.

Queda claro que a este tipo de investigación la ocupa la interacción de factores y acontecimientos; uno no existe de ninguna forma significativa sin los otros, y la investigación en sí se asienta en el mismo mundo social que busca estudiar. Así, los investigadores etnográficos reconocen que forman parte del mundo social que están estudiando, y que no pueden evitar tener un efecto sobre los fenómenos sociales estudiados. El asunto es: “más que ocuparnos en intentos fútiles de eliminar los efectos del investigador, debemos empezar a entenderlos” (Hammersley y Atkinson, 1983: 17), así que este enfoque no es una cuestión de compromiso metodológico, sino un hecho existencial. Reason y Rowan (1981) “defienden” aún más la subjetividad que esto implica, y arguyen que fue precisamente porque los psicólogos querían alejarse de la subjetividad y lo que ven como una indagación ingenua que establecieron todo el aparato del método experimental, las pruebas del método cuasi experimental estadísticamente significativas, las variables dependientes e independientes, etcétera. Además,

arguyen que mientras este aparato combate de hecho parte del problema de la indagación ingenua, también extermina todo aquello con que se pone en contacto, de manera que con lo que nos quedamos es un “conocimiento muerto”. Ciertamente estoy de acuerdo con su perspectiva manifiesta de que “en el cuestionamiento humano es mucho mejor ser profundamente interesante que aburrido con toda precisión”.

Partiendo del principio de que la etnografía implica abandonar los intentos de eliminar los efectos del investigador en favor de entenderlos, podríamos alegar que esto sería una característica importante de la práctica de cualquier investigación social que se incline por alegar una noción de relevancia para el mundo real, preocupación central de este libro. Otro vínculo que podemos establecer en este punto es con la investigación que enfatiza la cercanía que tiene la investigación con la forma en que la gente dirige de hecho su vida. Así, de acuerdo con Adelman (1977), el estudio de caso etnográfico, por ejemplo, reconoce la complejidad y el arraigo de las verdades sociales y describe parte de las discrepancias o conflictos entre los diversos participantes.

Por ejemplo, es clara la relevancia de la investigación en contextos educativos. Muchas preguntas de investigación se basan en la identificación de un área de práctica problemática, donde hay desacuerdos respecto de lo que debe hacerse (y respecto de cuál es la causa del “problema”, en primer lugar). Debe ser inherente a un estudio semejante la consideración de si este contribuirá de alguna forma al perfeccionamiento en la práctica de lo que se está estudiando; en el capítulo 7, que trata de la investigación-acción, hay un recuento más completo de esto. Por ejemplo, gran parte de la investigación sobre el trabajo alrededor de la igualdad de oportunidades en las escuelas se ha apoyado fuertemente en el enfoque etnográfico para resaltar la experiencia divergente entre ciertos grupos particulares y la disyunción entre teoría y práctica: un buen ejemplo de esto es el proyecto de Chicas en la Ciencia y la Tecnología (*Girls into Science and Technology, GIST*) (Kelly, 1984).

Si, como afirma Adelman, hay complejidad en las “verdades sociales”, entonces el enfoque de método múltiple de la etnografía proporciona la ventaja de poder desarrollar líneas de indagación convergentes. Yin (1988) desarrolla este punto en la investigación de estudio de caso, afirmando que es probable que los hallazgos sean más convincentes y exactos si se basan en varias fuentes distintas de información de modo confirmativo. Al pretendido investigador etnográfico se le aconseja ver ejemplos de investigación etnográfica y hacer preguntas como: ¿qué hay en este estudio de lo que yo pueda aprender y aplicar a mi propia situación y pregunta de

investigación? Sumados a aquellos ya citados en este capítulo, los lectores pueden encontrar útiles a Wilson-Barnett (1983), Burgess (1990) y Lee (1993). Se hará evidente en estos estudios que tienen que elegirse los métodos que se ajusten al propósito de la indagación. Esto no difiere de ningún otro enfoque. Como se mencionó antes, el investigador etnográfico puede utilizar la entrevista, la observación y documentos (particularmente diarios); por ejemplo, el caso citado en este capítulo se apoya fuertemente en la observación participativa y en un detallado diario de investigación. Cualquiera que sea el (los) método(s) de recolección de datos utilizado(s), el principio de actitud reflexiva —es decir, cómo se sitúan a sí mismos los investigadores dentro del contexto, proceso y producción de la investigación— es de central importancia para la comprensión de las perspectivas de la gente que se está observando: el investigador y el investigado son parte del mismo mundo social. Además, es importante que esas observaciones estén en contexto, siguiendo el principio etnográfico de que los humanos se comportan de manera distinta bajo circunstancias distintas.

El “hacerlo” suscita dos preguntas claves: el acceso y las relaciones de campo. Obviamente, antes de poder estudiar algo hay que tener acceso a la situación y a los “actores y acciones”. La forma en que se negocia este acceso, y se establecen así las relaciones de campo, puede tener un impacto significativo en la calidad y cantidad de datos que el investigador pueda obtener (el ejemplo que sigue en este capítulo resaltaré este aspecto). Algunas veces las partes de la situación en cuestión no estarán necesariamente abiertas de igual manera a la observación: algunas personas pueden no estar dispuestas a hablar, e incluso quienes están de acuerdo en hablar con uno pueden no estar preparados para divulgar toda la información de que disponen.

Cuando la observación es lo principal hay muchas situaciones que pueden excluirse; por ejemplo, la psicoterapia y las sesiones de asistencia. Sin embargo, la observación participativa es posible en grupos de co-asistencia, donde el investigador es un participante más pleno, y esto se refleja en las consejeras feministas en el sentido de que la participación *per se* disminuye la objetivación de los otros participantes y se dedica directamente al problema de la desigualdad de poder en las relaciones de campo. Mucha investigación de asesoría y psicoterapia está basada en la evaluación y tiende a apoyarse en lo que los pacientes dicen acerca de su experiencia (Toukmanian y Rennie, 1992).

Incluso cuando se concede el acceso, aún queda la “verdadera” entrada en la parte “real” y cotidiana de la situación, lo que a veces implica que el investigador tiene que ir más allá de ciertas fachadas adoptadas para su

provecho, como el comportamiento de “extra macho” que ostentan hombres jóvenes para provecho de una investigadora, y que no era típico de la interacción cotidiana del club para jóvenes bajo observación. A veces los observadores pueden encontrarse con que están realizando la función de celador, y esto puede involucrar al investigador en delicadas e intrincadas negociaciones dentro de la situación una vez que se ha obtenido el acceso. Por ejemplo, buena parte de la investigación sobre los factores terapéuticos (¡o todo lo contrario!) en las instituciones para internar a adolescentes con problemas tropieza, no en la puerta del director de servicios sociales que da el permiso para la investigación, sino en la puerta del salón de recreo, donde el “líder informal” de los residentes controla los acontecimientos y, por tanto, lo que le está permitido “ver” al investigador.

Las personas en el campo buscarán “situar” o ubicar al etnógrafo dentro de su propia experiencia, así que la negociación de las relaciones de campo puede estar cargada de dificultades. Muchos investigadores se han quedado perplejos ante la hostilidad con que se han encontrado, sin sospechar que eran vistos como espías gubernamentales o instrumentos de control. La preocupación por el tipo de persona que el investigador *es*, más que por el objetivo de la investigación, puede con frecuencia volver imposible la investigación, con preguntas como si se puede confiar en ellos, si se les puede sacar provecho, si se les puede manipular o si podrían ser una fuente de apoyo. Estas problemáticas pueden muy bien seguir estando presentes cuando la gente ha accedido a participar, puesto que, como se resalta en el capítulo 4, los informantes, si bien convienen con los “oficiales”, establecen sus propios programas de investigación.

El estudio etnográfico de Morgan (1972) de una fábrica en el norte del país ilustra cómo estos temas referentes al campo de trabajo operan en la práctica. ¡Cita una anécdota de cómo una de las mujeres asalariadas se ofreció a lavar sus camisas! Morgan interpretó esto como, quizá, un intento inconsciente de neutralizar algunas de las ambigüedades de su papel como observador participativo en la investigación. Morgan reflexiona sobre su propia posición ambigua en el departamento, donde su género lo situaba en la misma posición que el capataz y los directores —quienes eran todos hombres— en el contexto de trabajo, mientras que el papel profesional que había adoptado como observador participativo lo situaba en la misma posición de las empleadas. Hace un recuento de cuánto aprendió sobre problemas de género, y cómo este se forma a través de los contextos de interacción. La obra de Morgan subraya lo importante que es prestar atención al control de las impresiones y las habilidades básicas para la interacción, a cómo participamos, tanto como a cuán creativas o interesantes

son nuestras preguntas teóricas y nuestro análisis. Se han contado muchas anécdotas graciosas a cuenta de trabajadores sociales en la investigación-acción que se visten con jeans viejos y cosas por el estilo con el fin de “entremezclarse”, sólo para encontrarse frente a jóvenes bien vestidos con ropa de marca y diseño.

Es evidente que en la investigación de campo hay algunos roles fijos con toda claridad; por ejemplo, características que el investigador no puede orquestar de antemano, como el género, la edad, la raza o el color. Es importante aceptar que en la investigación etnográfica no puede alegarse ninguna posición de género o neutralidad étnica. Esto sólo ha sido aceptado recientemente, pero es un principio importante para evaluar los hallazgos, así como aceptar cómo será influido el proceso mismo de investigación. Muchos etnógrafos alegan que los estereotipos sexistas y culturales influyen el proceso de investigación en ciertas situaciones; por ejemplo, el considerar que las mujeres no son amenazantes, pero esto significa con frecuencia que se las trata con más suspicacia que a los investigadores varones cuando se está investigando cualquier cosa seria (Hunt, 1989). En términos de etnicidad, ahora somos muy conscientes de la cultura, del poder y el estilo personal, y de cómo muchos antropólogos (los etnógrafos originales) objetivaban a sus sujetos de investigación a pesar de los fines manifiestos de ella.

En este punto influyen las relaciones de roles en el campo. Las personas no son “hechos sociales” que habitan el lugar, la institución, etc., esperando simplemente ser estudiadas y revelar su totalidad. Así, hay una interrogante más allá de la simple observación que despierta al espectro de inmersión que podría derivarse de la participación. Se desgastaría el tiempo para la actividad de investigación per se, así que el objetivo, de principio a fin, es conservar la definición de nuestro rol. Si un investigador empieza a sentirse “en casa” y se pierde *toda* sensación de ser un extraño, puede diluirse la perspectiva analítica crítica. En este contexto es prudente tener en cuenta el clásico artículo de Gold (1958) sobre la observación participativa, donde sugería cuatro roles de investigador tipo “ideales”, variando a lo largo de una continuidad, desde el “partícipe absoluto” hasta el “observador absoluto”, pasando por el “partícipe como observador” y el “observador como partícipe”. Esto comprende el delicado equilibrio necesario entre el observador relativamente objetivo y el partícipe relativamente subjetivo.

Los investigadores etnográficos tienen problemas específicos para registrar evidencia en situaciones donde están siendo “bombardeados de material”, y la memoria puede tender trampas. Una en particular es la for-

ma en que los datos pueden transformarse inconscientemente, de acuerdo con una teoría naciente acerca de "lo que está sucediendo". Si consignas los datos en audio, video o detalladas notas de campo, tienes registros. Con frecuencia es imposible, e inapropiado, llevar un registro auditivo o de video, así que las notas de campo son lo más común, y consisten en descripciones relativamente concretas de procesos sociales y sus contextos, que a veces tienen que redactarse fuera de las situaciones inmediatas, si está claro que la toma de notas puede ser una actividad impertinente. Estas notas de campo serán el registro y es vital que abarquen los aspectos sobre los que se basará el análisis. También son útiles las notas analíticas a medida que avanza la investigación. Cuando estés leyendo tus propias anotaciones o documentos de campo, o transcribiendo una cinta, resulta útil articular un comentario, especialmente si surgen ideas teóricas. De nuevo, estas deberán ordenarse de manera cronológica, de forma que quede claro cuándo fueron registradas o cuándo surgieron las ideas. La formulación de problemas e hipótesis precisos y de una estrategia de investigación apropiada es, como afirman Glaser y Strauss (1967), un aspecto nuevo de la investigación etnográfica. Así, estas notas analíticas constituyen el proceso de "pensar en voz alta" que es parte central de la empresa reflexiva. También se recomienda algún registro de los sentimientos del investigador para añadir información al proceso analítico, de manera que pueda ser tanto un recurso como un registro para las interpretaciones en desarrollo.

La etnografía puede proporcionar descripciones relativamente concretas o tipologías mucho más desarrolladas; es decir, cuando se identifica un conjunto de fenómenos que representa subtipos de alguna tipología más general. Por ejemplo, se ha trabajado mucho sobre los problemas de una tipología de los psicoterapeutas y una tipología de las estrategias que utilizan para enfrentar tales dificultades. El trabajo con un co-terapeuta en la psicoterapia de grupo da una excelente oportunidad para este tipo de investigación, al utilizar con frecuencia el análisis crítico de los incidentes basado en la memoria, inmediatamente después del grupo, con lo que cada terapeuta plantea a su vez incidentes del grupo donde vieron intervenir al otro terapeuta. Se registra lo que el terapeuta estaba sintiendo en el momento de la intervención, así como lo que de hecho se dijo. Para tomar otro ejemplo, Glaser y Strauss (1968) desarrollaron una tipología de contextos de "conciencia" en los hospitales respecto de los pacientes terminales, lo que, al ligarse con el control médico de la información, puede mostrar un panorama de las dificultades que los pacientes encuentran para obtener información y arrojar alguna luz sobre las estrategias que utilizan para lidiar con esto.

Ejemplo

La etnografía, como se indicó anteriormente en este capítulo, es una forma de investigación de métodos múltiples; combina con frecuencia una variedad de técnicas, así que es posible comprobar la validez del constructo examinando los datos relacionados con el mismo constructo partiendo de la observación, de la entrevista y del análisis de documentos. Con el propósito de ser ilustrativos, subrayaremos en este punto la observación participativa como el método para demostrar en la práctica los principios etnográficos. Sin embargo, dadas las limitaciones de un capítulo y la amplia y compleja naturaleza de la etnografía, el ejemplo sólo será delineado.

Esto deberá leerse conjuntamente con el capítulo 2, donde consideramos el lugar de la observación como un método en la psicología. En la observación *participativa*, la observación varía en tanto que el observador “se vuelve parte del grupo” que está siendo observado. Todos los asuntos que surjan —particularmente las tres preguntas cruciales de “por qué”, “quién” y “qué”— deben ser tomados en cuenta, dado que el investigador está ocupando los papeles complementarios de observador y partícipe. Es importante recordar que el investigador estará participando activamente en un mundo social en el que las personas ya están ocupadas interpretando y entendiendo su entorno por sí mismas. El (la) observador(a) participativo(a) tiene el compromiso no sólo de hacer sus propias observaciones, sino también de “interceptar” este mundo subjetivo. De esta forma, de lo que trata la observación participativa es de involucrarse en un escenario social, experimentarlo y tratar de entenderlo y explicarlo, y esta comprensión requiere un estudio constante y sistemático.

En una conversación casual con un grupo de oficiales de policía, en un contexto distinto, salió a relucir que los seguidores del equipo de fútbol West Ham United eran los nuevos demonios de la comunidad, considerados como los más difíciles de todos los fanáticos, tanto así que siempre había policías extra trabajando cuando el West Ham era el equipo invitado. Eran vistos y retratados como de los más violentos, racistas y sexistas de todos los aficionados al fútbol; se citaba como evidencia de apoyo a la famosa ICF (InterCity Firm) de los años ochenta. Para mis propósitos, esto brindaba un buen proyecto etnográfico socio-psicológico que podría ocuparse de encontrar el sentido de un fenómeno social, así como la oportunidad de hacer un análisis cultural.

Elegí este estudio con toda deliberación una vez que se me presentó el tema a través de la conversación con los oficiales de policía. Sería una “extraña” en una cultura muy característica, y se me ofrecía una oportunidad

de estudiar el comportamiento masculino, aunque en un solo contexto, a partir de grupos muy cerrados. Estaba ansiosa de poner a prueba el aspecto de la etnografía de “encontrar el sentido”, y por lo tanto no elegí un área que me fuera familiar o que estuviera conectada con la acción, considerando mi capítulo posterior sobre la investigación-acción. Sería con toda seguridad “la novata en el nuevo mundo”. Quería saber cómo eran esos seguidores, cómo se comportaban para ganarse esa reputación, y algo acerca de por qué el West Ham, un club de fútbol del East End en Londres, famoso por su buen fútbol —como se ejemplifica y como yo ya lo sabía, por Bobby Moore y Trevor Brooking—, podría atraer a semejantes seguidores. Supuse que la observación participativa me proporcionaría claramente el material necesario para dirigir las preguntas y, quizá, para ayudarme a discernir el proceso de “convertirse” en un seguidor del West Ham.

De acuerdo con la finalidad del estudio, elegí hacer lo siguiente:

1. Asistir a diez partidos fuera y a cuatro partidos en casa durante la temporada 1992-3, cuando el West Ham estaba en la primera división (la temporada en que obtuvieron el ascenso automático a la Liga Principal del fútbol inglés).
2. Viajar con los fans a los estadios respectivos en autobús o en tren, según fuera adecuado, lo que incluía, en los partidos fuera de casa, caminar en filas, escoltados por la policía montada, de la estación al estadio.
3. Ir a la cafetería antes del partido y en el medio tiempo.
4. Para ver los partidos fuera de casa, permanecer en las gradas, en el cercado de los seguidores visitantes, y en los partidos en casa situarme detrás de la portería.
5. Comprar programas de los partidos y el *fanzine*, para utilizarlos como evidencia documental.
6. Hablar con cuanto fan fuera posible, hombres y mujeres, en “entrevistas” informales.

Esto me permitió observar a los seguidores del West Ham en contextos distintos y me dio suficiente material para obtener conclusiones. En total, pasé alrededor de cien horas con los fans. Estos eran el grupo habitual de fans que viajaban a los partidos, alrededor de unos mil; la proporción entre hombres y mujeres era usualmente de diez a una, y había cierto número de niños pequeños, así como adultos que cubrían una amplia escala de edad.

No hice público mi “estatus académico”, pero se supo durante un incidente en el segundo partido, cuando era registrada rutinariamente por la policía al cruzar la entrada. Cuando se me preguntó qué llevaba en mi bolsa, mi respuesta “un libro y un jugo de naranja” fue recibida con mofa:

decían que “los fans de West Ham no saben leer”. La interacción fue observada por varios fans, y uno de ellos me preguntó, bromeando, de qué era mi libro. Respondí con la verdad; dije que era un libro de psicología, y desde entonces fui conocida como “la listilla que lee libros” y se me atribuyó mi estatus correspondiente. Así me gané la entrada y la aceptación, establecidas a partir de entonces mis “relaciones de rol de campo”.

Análisis

Esta sección sólo puede proporcionar un pequeño vistazo al tipo de episodios, incidentes y charlas que observé, pero de acuerdo con la naturaleza de la etnografía, trataré de transmitir la calidad de la experiencia. Desde el principio fue obvio que no era solamente una cuestión de ver el fútbol, sino que el ritual social de ser un fan del West Ham era un elemento poderoso, y que había una bien ensayada secuencia de comportamientos que desempeñaba en esto un papel importante. Se esperaba de mí que participara en las interpretaciones habituales de “Somos por siempre burbujas que estallan” y “el Ejército mágico de Billy Bond” cuando se indicara, en el momento apropiado. Los diversos conductores del coro se han convertido, evidentemente, en un aspecto aceptado, y señalan a distintas personas cada vez, como señal para que dirijan el fragmento siguiente de la canción. Según mis observaciones, parecería que estos rituales están muy bien establecidos. Al salir al campo para las prácticas anteriores al partido, cada jugador del West Ham se acerca a los fans, y a cada jugador se lo reconoce y saluda coreando su nombre y luego aplaudiendo. Se les ponen apodos a algunos jugadores; a Martin Allen se lo conoce “afectuosamente” como *Mad Dog* (“Perro Loco”). A estos saludos sigue el grito de *givus a ball* (“échanos una pelota”), y siempre los complace un jugador, que patea una pelota de la práctica en dirección a la multitud; esta es la señal para iniciar la versión de los seguidores de un balón-mano en las graderías, que continúa hasta que alguien patea fuera la pelota. En varias ocasiones, cuando el West Ham estaba jugando muy, muy mal, se retomaba este juego durante el partido, dejando muy claro que los seguidores no lo estaban viendo. En una ocasión, cuando el West Ham estaba jugando todavía peor, uno de los “líderes” dio la orden de “sentarse a esperar al West Ham”; inmediatamente, una gran sección de la multitud se sentó en las gradas, de espaldas al campo, y siguió un “cabaré” improvisado.

El lenguaje de algunos de los fanáticos era vulgar y ofensivo. Otros fans se disculpaban a veces conmigo, y había ocasiones en que otros que

estaban cerca les decían a los seguidores malhablados que “cuidaran lo que decían”, dada la presencia de mujeres y niños. Al alcance inmediato del oído, el lenguaje no era racista. En esta época el West Ham tenía una cantidad de jugadores negros, y el tipo de comentarios que recibían cuando dejaban escapar un gol o hacían un pase malo no era sustancialmente distinto de los insultos que recibían los jugadores blancos. Muchos de los comentarios no solicitados llegaban en forma de chistes. Durante el partido en Barnsley, el día estaba oscuro, lúgubre, y volaba polvo y grava de montones de escombros a lo largo del campo. Un fan frente a mí gritó de pronto, señalando el cielo: “¿Qué es eso?”. Su amigo le pegó en la cabeza y dijo: “P..... idiota, es el sol”. Gritos de “¡Vamos, West Ham, la estamos pasando mal aquí arriba!” sonaban alrededor del campo. Ante todo siempre estaba el humor, fuera ganando o perdiendo, en casa o fuera.

En todos los juegos fuera de Londres se daban sustanciales abucheos por parte de los seguidores del equipo anfitrión; estos eran recibidos con canciones evidentemente ensayadas. Me aprendí en Newcastle una nueva versión de “Las carreras de Blaydon”, y no era halagüeña. De hecho, el volver a ponerle letra a la “canción” del equipo anfitrión era parte habitual del repertorio de comportamiento de los fans. No sólo se le ponía letra nueva a la “canción”, sino también se cantaba con un acento local exagerado, calculado para enfurecer a los otros seguidores. Lo que siguió a ese mismo partido en Newcastle habría de subrayar la diferencia entre lo que claramente se esperaba de los fans del West Ham y lo que yo misma había experimentado. Los fans fueron retenidos por la policía, como siempre, para dejar que los seguidores del equipo anfitrión se fueran primero. Hubo un largo retraso antes de abrir las puertas, el día era húmedo y frío, y tras las quejas habituales de “por qué estamos esperando”, de pronto empezaron a saludar con la mano en dirección a las gradas ahora vacías de los seguidores del equipo anfitrión, riendo y coreando “ahora ya no cantas” y “deberías estar en casa”, para el desconcierto evidente de la abultada cantidad de policías presentes. Por cierto, el West Ham había perdido el partido.

Llené varios cuadernos con mis observaciones, dividiendo los registros en secuencias de corta duración y utilizando lo que estaba sucediendo en el partido como un instrumento organizativo para situar los incidentes. Estos cuadernos constituyen un diario, utilizando los indicadores de Bruyn (1966) de tiempo, lugar, circunstancias sociales, lenguaje y familiaridad como indicadores organizativos para el registro y análisis de las observaciones. Utilicé los viajes en tren para hacer anotaciones amplias. Muchos de los fans ofrecerían voluntariamente sus comentarios y preguntarían qué

iba a incluir. Mi experiencia desafiaba mis “suposiciones iniciales”. Nunca tuve miedo y no vi violencia alguna, aunque en dos ocasiones me escupieron seguidores del equipo anfitrión. Todo parecía el opuesto total de mis suposiciones, en el sentido de que la multitud con que viajaba parecía ser una familia enormemente extendida, y ciertamente era contrario al retrato de los seguidores del West Ham hecho por los medios. Los fans mismos se quejaban amargamente de lo que consideraban una visión caduca. Muchos de ellos me dijeron que las cosas habían cambiado, que prohibir el alcohol en los trenes y otras medidas similares habían tenido buenos efectos, y que era sólo una minoría entre sus fans la que había estado “corrompida hasta la médula”.

Tenía que aceptar que “lo que vi era lo que tenía”. Había pocas posibilidades de que mi presencia hubiera distorsionado de alguna manera global el comportamiento de los fans, y no creo estar siendo deshonesto en este punto o estar negando el efecto que pude haber causado. Había lenguaje y comportamiento sexistas; me acostumbré a que me saludaran con un “¿Estás bien, muñeca?” y a ser “protegida”, dejándoseme un buen espacio en las vallas, etc. En una ocasión estaba fuera de servicio el único baño para mujeres para los seguidores visitantes, así que dos de los hombres de mayor edad confiscaron un baño para hombres y se lo entregaron a “las damas”, y hacían guardia a la entrada. Ahí estaban las mujeres seguidoras, y por derecho propio, no sólo acompañando a los hombres, sino tomando una parte activa en los rituales y disfrutando el juego. Sentían que eran una buena influencia y un factor que contribuía a los cambios. En conversaciones con ellas verifiqué sus experiencias: ninguna de ellas se sentía atemorizada; varias señalaban que iban a partidos de fútbol porque era un acontecimiento social donde creían que podían estar seguras entre la multitud, y que disfrutaban viendo al West Ham jugar fútbol.

El capítulo 10, sobre la redacción de reportes, subraya los puntos principales a los que hay que adherirse, pero pienso que es importante señalar algunos puntos específicos sobre la redacción de este tipo particular de proyecto, que tiene su propio estilo. El investigador reflexivo debe mantenerse consciente de sí mismo como autor; redactar no es solamente un asunto técnico, porque es en el momento de la representación, del reporte en este tipo de investigación, cuando el investigador tiene más poder. La forma en que representas al grupo que has estudiado es una consideración fundamental: que yo haya sido capaz de disfrutar la experiencia influyó en el contenido y el estilo de lo que escribí. Convencionalmente, la escritura en la investigación cuantitativa exige lo distante y lo impersonal, escrito formalmente en tercera persona, mientras que las etnografías frecuente-

mente se asientan y constituyen por su estilo. La elección del lenguaje en la redacción de una etnografía es vital si ha de transmitirse la calidad de la observación y la experiencia en el caso. Ciertamente fue difícil hacer una distinción absoluta entre el análisis y la narración en mi estudio del West Ham. El reporte formal de investigación, que separa el "método", los resultados y la discusión, no se presta a comentarios. Hay una enérgica argumentación en el sentido de que las etnografías deben parecerse mucho a una redacción narrativa, con énfasis en el tema y la ilustración: es esencial dejar claro el patrón de acontecimientos y la comprensión del investigador. Esto no significa sugerir que no hay organización o análisis sistemático, pues el etnógrafo, como otros investigadores, tiene que lograr imponer una distancia y un marco analítico coherente. Dada la "riqueza" del material que había reunido, era tentador separar la narración del análisis, donde la narración cumpliera la función de inspirar al lector una "simpatía" por la cultura de los seguidores del West Ham, y el análisis aclarara la discrepancia entre su reputación y mi experiencia. Sin embargo, el peligro de esta separación textual es que a veces puede ocultar el hecho de que la parte narrativa misma es una selección analítica de material hecha por el investigador. Esto tiene relación con el debate actual sobre si es posible una descripción carente de teoría (que se desarrolla de manera más amplia en el capítulo 8).

Como mi investigación trataba de observar el comportamiento masculino (el de los seguidores del West Ham) en un contexto nuevo (para mí) durante un periodo de meses, para encontrar el sentido de su reputación, decidí utilizar el modelo de redacción de historia natural, elaborando descripciones de las perspectivas de un grupo de personas y descripciones de sus patrones de interacción dentro de situaciones particulares. Una de las afirmaciones de la etnografía es que tales descripciones tienen valor por sí mismas, y genera datos cualitativos que proporcionan información confidencial y detallada. En este estudio, lo que es significativo es quizá la ausencia de ciertos comportamientos: no observé nada que pudiera justificar esa reputación. Sin embargo, esto delata una de las limitaciones del reporte etnográfico: no puede investigar a la historia como tal; toma una "tajada de tiempo". Muchos de los fanáticos admitieron que había existido un componente de turba revoltosa entre los seguidores, pero que eso había sido más de diez años atrás. Está claro que cambiar una reputación lleva su tiempo. Más que simplemente "contar la historia" según se desarrollan los acontecimientos a lo largo del tiempo y se revela una imagen, otro enfoque sería redactar en términos del ciclo de desarrollo de los actores o de la situación. Esto resulta particularmente útil en términos de intervencio-

nes médicas y de enfermedad. Por ejemplo, la investigación de asistencia psicológica actual, que se concentra más en el proceso que en el resultado, se presta a este enfoque, particularmente cuando en la investigación se está observando cómo y por qué funcionan —o no, según sea el caso— los servicios de asistencia con base en una institución.

Evaluación

Ciertamente fui conducida a una comprensión más categórica de la condición de ser un seguidor del West Ham, y fui confrontada con el comportamiento real, obligada, según el modelo clásico de Glaser y Strauss (1967), a encontrar una teoría significativa que justificara el comportamiento con que me encontré. Es decir, además de lo que ya “sabía” como terapeuta psicológica sobre el comportamiento masculino, y lo que me habían “dicho” los medios. Estoy en el proceso de redactar el reporte, reflexionando sobre la contención colectiva y defensiva de la violencia a través del uso del ritual y sobre cómo esos rituales fueron acordados, sobre la sustitución de la agresión por el recurso del humor y la justificación del sexismo como una “galantería”.

No enfrenté la dificultad de descubrirme hostil ante el grupo que observaba, lo que, por supuesto, puede ser un problema para la etnografía, puesto que esta da la oportunidad de entrar a mundos sociales y culturales, y de entenderlos, a los que otras metodologías no tienen acceso, y por lo tanto destaca cómo los aspectos de motivación, método y moral pueden estar inextricablemente entrelazados en la etnografía, exigiendo una conciencia más aguda y una constante vigilancia por parte del investigador. El capítulo 8, sobre la investigación feminista, ofrece un tratamiento más específico de esta problemática. Cualquier método que implique un contacto intensivo y relaciones personales continuas conlleva una responsabilidad ética adicional en términos tanto de cómo dirige el investigador el trabajo de campo, como de la forma en que el texto transmite los hallazgos. Fielding (1981), al enfrentarse a este dilema, vio su papel en su trabajo sobre el Frente Nacional como el de un intérprete entre la mecánica interna de la organización y la sociedad en general, con la esperanza de que la gente pudiera entender su atractivo a partir de su reporte, y encontrar así formas constructivas de combatirlo. El problema de realizar una investigación etnográfica ética se manifiesta alrededor de la necesidad de “ajustarse”, dado el compromiso con la interpretación naturalista.

Una de las críticas a la significativa exigencia de naturalidad de la etnografía es que, en la selección de congregaciones, periodos y gente a estudiar, otros quedan excluidos, por lo que nunca es realmente posible una situación enteramente “natural”. Obviamente, este era el caso en el estudio sobre el West Ham. No fui a todos los partidos, y es posible que aquellos a los que asistí hayan sido de una relativa “baja intensidad”. Sin embargo, al utilizar como informantes a varios fans con los que me había familiarizado me fue posible monitorear lo que pasaba en otros partidos. Después de los dos primeros juegos, las historias de los “partidos que me perdí” me eran transmitidas sin que tuviera que pedirlo. Una limitación más fue que, puesto que viajaba en tren, los cientos de fans que viajan en auto quedaban fuera de mis conversaciones después del partido.

Otra crítica enfoca la posible influencia que el investigador/observador pudiera tener sobre los otros participantes (sujetos de la investigación), lo que podría modificar la validez de los hallazgos. La exigencia de naturalismo es considerada “deshonesta” por Stanley y Wise (1983), en el sentido de que, al alegar su “naturalismo”, los investigadores están negando su efecto sobre la situación. Sin embargo, uno de los puntos fuertes de la observación participativa —el método que utilicé— es que me permitió considerar mis propias acciones a la vez que las de aquellos a mi alrededor. Esta fue una parte muy esclarecedora del estudio en términos de comprensión del impacto de los rituales. Estaba muy consciente de que mi presencia, como mujer, ocasionaba modificaciones en el comportamiento, pero como investigadora era en gran medida insignificante: ¿una lección provechosa para los psicólogos? Sin embargo, el ejemplo que he utilizado tiene de hecho sus limitaciones en lo que toca a este punto en particular. Se trataba de un escenario público al que se podía comprar el acceso, así que había más equidad entre el psicólogo y el aficionado al fútbol.

Empecé como una “extraña”, pero es posible que haya llegado a estar demasiado inmersa en esa cultura y, por tanto, que mi percepción haya sido selectiva. Pero quizás la idea de que la verdad está ahí para aprovecharla, si podemos levantar el velo del prejuicio y las ideas preconcebidas y observar las cosas como realmente son, haya sido cuestionada de cabo a rabo por la situación, y fue importante aceptar que, en la etnografía, la descripción y la interpretación son un continuo estructurado dentro de la historia de la participación del investigador. Me “convertí” en una seguidora del West Ham al elegir el rol de “novata”, de manera que pudiera reducir los conocimientos dados por sentados que hubiera llevado conmigo. No realicé una observación participativa “furtiva”: si no hubiera sido identificada durante el incidente del libro, habría señalado mis intenciones de hacer una inves-

tigación. Hay fuertes críticas a la ética de la investigación encubierta, que llaman la atención sobre la relación entre los medios y el fin. El método se lleva tiempo. Tuve que pasar mucho tiempo con un grupo relativamente pequeño de personas, pero ciertamente ello me demostró que este enfoque “es de gran ayuda en la comprensión de las acciones humanas y trae consigo formas nuevas de ver el mundo social” (May, 1993: 132).

Lecturas útiles

- Burgess, R. (1990). *In the Field: an Introduction to Field Research*. London: Allen y Unwin.
- Hammersley, M. and Atkinson, P. (1983). *Ethnography: Principles in Practice*. London: Routledge.
- May, T. (1993). *Social Research: Issues, Methods and Process*. Buckingham: Open University Press.

Referencias

- Adelman, C. (1977). *Uttering, Muttering, Collecting, Using and Reporting Talk for Social and Educational Research*. London: Grant McIntyre.
- Barker, E. (1984). *The Making of a Moonie: Choice or Brainwashing?* Oxford: Blackwell.
- Bruyn, S.T. (1966). *The Human Perspective in Sociology*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Burgess, R. (1990). *In the Field: an Introduction to Field Research*. London: Allen and Unwin.
- Fielding, N. (1981). *The National Front*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Glaser, B.G. and Strauss, A.L. (1967). *The Discovery of Grounded Theory*. Chicago: Aldine.
- Glaser, B.G. and Strauss, A.L. (1968). *Time for Dying*. Chicago: Aldine.
- Goffman, E. (1972). *Interaction Ritual*. Harmondsworth: Penguin.
- Gold, R.L. (1958). ‘Roles in sociological field observation’, *Social Forces*, **36**, p. 93.
- Griffin, C. (1985). *Typical Girls? Young Women from School to the Job Market*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Hammersley, M. and Atkinson, P. (1983). *Ethnography: Principles in Practice*. London: Routledge.
- Hunt, J.C. (1989). *Psychoanalytical Aspects of Fieldwork*. London: Sage.
- Kelly, A. (1984). *Girls and Science. An International Study of Sex Differences in School Science Achievement*. Stockholm: Almqvist and Wiksell.

- Lee, M.L. (1993). *Doing Research on Sensitive Topics*. London: Sage.
- Marsh, P., Rosser, E. & Harré, R. (1978). *The Rules of Disorder*. London: Routledge and Kegan Paul.
- May, T. (1993). *Social Research: Issues, Methods and Process*. Buckingham: Open University Press.
- Morgan, D. (1972). 'Men, masculinity and the process of sociological enquiry', in H. Roberts (ed.) *Doing Feminist Research*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Reason, P. and Rowan, J. (1981). *Human Inquiry. A Sourcebook of New Paradigm Research*. Chichester: Wiley.
- Reinharz, S. (1992). *Feminist Methods in Social Research*. New York: Oxford University Press.
- Stanley, L. and Wise, S. (1983). *Breaking out: Feminist Consciousness and Feminist Research*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Toukmanian, S.G. and Rennie, D.L. (eds) (1992). *Psychotherapy Process Research*. London: Sage.
- Wilson-Barnett, J. (ed.) (1983). *Nursing Research: Ten Studies in Patient Care*. Chichester: Wiley.
- Yin, R. (1988). *Case Study Research: Design and Methods*. London: Sage.